

Dogmas, santos y pandemia: el rol de los intelectuales

*"—Últimamente todo mundo te parece sacerdote— dijo Paola.
—Tal vez todos lo son."
Juan Villoro, *El testigo* (2004: 265)*

Alan Leonardo Sacco

Licenciado y profesor en Letras (FFyL, UBA)
saccoalan@gmail.com

La pandemia del COVID-19 llegó y golpeó en Latinoamérica. Pero, como en una escena digna del teatro del absurdo, son discutidos los efectos de tales embates. Los primeros días de marzo parecen muy lejanos, incluso como si pertenecieran a otro año. El aislamiento que se propuso en la Argentina para enfrentar al coronavirus ocupó cada espacio de nuestra cotidianeidad, principalmente en las zonas metropolitanas. Las escenas de las series de Netflix con las que se mata el tiempo podrían clasificarse como inverosímiles: ¿cómo que están en la calle sin barbijos? ¿Qué hacen tantas personas juntas en un espacio tan reducido? ¿Dónde está el distanciamiento social? ¿Por qué se abrazan? ¿Por qué? Pero eso que llamamos realidad también suele dar sus cachetadas y estas mismas preguntas terminan refiriéndose a las marchas anticuarentena y a escenas repetidas en los estudios de la televisión abierta. ¿Y qué podemos decir también de las pinturas surrealistas que las redes sociales dejan caer? En un acto de empatía exagerada, uno logra comprender el hartazgo del encierro. No sucede lo mismo con la exposición del incumplimiento de las normas.

La pandemia nos tomó casi por sorpresa y no es ninguna novedad. Los primeros días del aislamiento permitieron que se pudieran organizar las instituciones educativas, los centros de atención, la sociedad misma. Sin embargo, meses después, el confinamiento es tan desorganizado como insufi-

cienta. La intelectualidad no estuvo ajena a lo que mediáticamente se llamó la nueva normalidad. Los espacios de intercambio típicos de la academia estuvieron afectados y las dinámicas de cuatro personas en una mesa debatiendo, por la mañana y en un aula de alguna facultad, un tema que solo ellos comprenden no se pudieron efectuar. Las clases, con relativa rapidez, se virtualizaron en todos los niveles: un logro educativo o una necesidad social. A pesar de esto, y con poco más de cuatro meses de aislamiento, parecen prácticamente nulas las discusiones sobre cuál es el rol de los intelectuales en este contexto. Las reflexiones sobre la práctica intelectual tienen largo desarrollo en la historia académica y, no obstante, surge la pulsión de repensarlas una y otra vez.

Gran parte del comportamiento social en este contexto de pandemia puso en escena la crisis de la comunicación. Las consignas claras llegan desvirtuadas y las confusas colaboran en esta situación crítica. Pero, ¿qué papel juegan los intelectuales en este marco? No resulta complicado comprender que existe cierto sector de la sociedad con el poder necesario para desvalorizar los espacios de producción intelectual. De un tiempo a esta parte, las redes sociales se transformaron en cristalizadoras mediáticas donde se dogmatizan conceptos y perspectivas que han tenido gran fluidez en la historia académica. Basta acercarse a una idea como la de libertad para advertir lo prácticamente inabarcable que es dar cada definición posible en el correr de la filosofía occidental. Del mismo modo, acercarse un poco a Twitter invita a pensar cuántos cientos de años de debates se olvidaron. Los cambios que trajo el coronavirus demuestran, una vez más, que en esta sociedad hiperconectada lo que falta es comunicación. Sin duda, la comunicación es política: como intelectuales deberíamos sentirnos interpelados. Un debate que parta desde un canon de conceptos preestablecidos no conduce a buen puerto. El lenguaje es el terreno de lucha.

El caso de Pedro Cahn

Durante la gestión de Mauricio Macri, la oposición había creado la categoría de "gobierno de CEOs" para dar cuenta de sus políticas sociales y económicas. La carga ideológica demarcaba, a la vez, un conflicto de clases. Constituía uno de esos gestos políticos ligados a la burla y el embate lanzado desde un grupo que se adjudica la representación de los sectores populares. Sin embargo, no producía un quiebre significativo en la fracción de la clase media que se había vinculado a la propuesta de Cambiemos.

Con la derrota consumada y la llegada de Alberto Fernández a la presidencia, la nueva oposición tomó prestada, en una actitud paródica, esta fórmula y la modificó por “gobierno de científicos”. Durante los primeros días del nuevo gobierno, cada reproche a las medidas dictadas estaba acompañado de esta categorización. Sin embargo, ahora no representaba un mero conflicto de clases: el blanco al que se apuntaba era un sujeto social particularmente olvidado en las últimas décadas de la Argentina. Cierta tradición respaldaba esta actitud. Por un lado, el recuerdo vivo de la comunidad científica expatriada en la década del noventa. También, las críticas a los becados del Conicet durante los gobiernos kirchneristas. Finalmente, los conflictos con los investigadores en la gestión macrista. El Frente de Todos había llegado al gobierno con la promesa de recuperar el valor de los científicos y sus opositores rápidamente atacaban ese seno. Sin embargo, con la pandemia llegó la primavera albertista que duró lo que tarda el verano en volverse otoño. Los aplausos de todas las noches para los médicos que luchan y velan por la sociedad, un día, fueron cacerolas. Luego, silencio.

Esta descripción de hechos muestra un largo recorrido de erosión de la comunidad intelectual. La ciencia como producción de conocimientos (y soluciones) queda en cuestionamiento. A su vez, una gran porción de la sociedad se entera con la pandemia que las ciencias no poseen todas las certezas. Descubre, casi por coletazo, que los conocimientos no son completos, que son parte de un proceso, que las dudas abundan más de lo que podía imaginar. Esa magia científica que se veía en las pantallas, con los tubos de ensayo con colores raros, no existía así tal cual. ¿Cómo no le avisaron? Y en un rápido razonamiento, si la Organización Mundial de la Salud no tiene todas las respuestas, es el demonio. El esfuerzo consiste en hacer estático algo que por sus propias características no lo es. En algún sentido, resulta necesario revisar y considerar una autocrítica: si se percibe el conocimiento científico de esa manera, es porque comunicacionalmente se forjó esa idea.

Particularmente, en la Argentina se produjo el caso Pedro Cahn. Este infectólogo es el primero en la lista de especialistas asesores del presidente Alberto Fernández. No obstante, su figura pública nuclea un grupo de científicos que asesora las políticas sanitarias del gobierno. Pedro Cahn, desde el principio de la pandemia, fue quien se dedicó a la comunicación y explicación de las medidas en los medios, más allá de los propios funcionarios del gobierno. Necesariamente, surge la pregunta de por qué el discurso científico no logra llegar masivamente y de modo didáctico. Más allá de los portales desinformativos, una respuesta puede encontrarse en la desu-

bicación que genera en algunos ciudadanos que un científico afirme que no se sabe mucho acerca del virus. Patricia Bullrich, presidenta del principal partido opositor, encontró en esto una oportunidad política y acusó a Cahn de ser un terrorista.¹

A pesar de las dificultades, el rol del infectólogo y sus compañeros estuvo relacionado con la comunicación: disipar la mayor cantidad de dudas, aconsejar y desmitificar. Sin embargo, la crisis comunicativa se hizo eco en sus últimas apariciones mediáticas: “Que a mí me ataquen algunos pelotudos es cosa de ellos”.² Esta fractura discursiva pone en primer plano el problema de que cualquier debate de corte científico y social puede adquirir características tuiteras. La lógica mediática no imprime la medida necesaria en las construcciones de sentido. En una pandemia donde todas las crisis preexistentes se acentuaron, Latinoamérica apareció como un museo donde las enfermedades y los decesos estaban expuestos junto al agravio. Con un acercamiento levemente crítico, se puede ver que cierto sector se encuentra beneficiado y promueve las divisiones sociales.

Más allá de la crisis comunicativa, el compromiso de los infectólogos representados en la figura de Pedro Cahn abre una posible respuesta al rol de los intelectuales en la pandemia. La cuestión ronda en si debemos analizar dicha labor desde un modelo preexistente o es necesario construir nuevos modos de ser intelectual.

Los tiempos cambiaron y, definitivamente, el mundo de posguerra no es similar a nuestros días. Sin embargo, el paradigma del intelectual comprometido representado por Jean Paul Sartre (1948) sigue siendo funcional a la hora de pensar dicho rol en la sociedad. El investigador que asume la responsabilidad con las clases populares, aunque es ajeno a estas, suele ser un lugar común en la concepción pública. Aunque ha sido criticado en las últimas décadas del siglo XX, es un paradigma que suele ofrecer respuestas en el modo de inserción de los intelectuales en un movimiento político. Eventos históricos, como la Independencia de Argelia o la Revolución Cubana, demostraron algunos límites prácticos de este compromiso, lo cual invitó a repensar dicha concepción en estos países. Sin embargo, en una izquierda en retroceso, luego de la caída de la Unión Soviética y del proceso de globalización, algunos de sus preceptos parecen ser útiles para barajar y dar de nuevo. Sartre destacaba el hecho de estar situado, asumiendo la responsabilidad de su tiempo histórico. En otras palabras, consideraba que el intelectual debía escribir para su presente, sus contemporáneos, y solo así era posible que fuera reconocido por la posteridad, combinando de mane-

1. Ver: “Coronavirus: Patricia Bullrich contra Pedro Cahn” en *Página 12*.

Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/268400-coronavirus-patricia-bullrich-contra-pedro-cahn>

2. Ver: “Pedro Cahn, asesor presidencial: ‘Que a mí me ataquen algunos pelotudos es cosa de ellos’” en *El Liberal*.

Disponible en: https://www.elliberal.com.ar/noticia/535744/pedro-cahn-asesor-presidencial-que-mi-me-ataquen-algunos-pelotudos-cosa-ellos?utm_campaign=ScrollInfinitoDesktop&utm_medium=scroll&utm_source=nota

ra novedosa lo singular con lo universal. Este razonamiento lo podríamos adjudicar a los infectólogos asesores que actúan de manera similar en este contexto de pandemia.

Sartre, a su vez, ponía la prosa en primer plano, en tanto los usos posibles del lenguaje que esta ofrecía. Tal condición pragmática fue adoptada por algunos intelectuales latinoamericanos que consideraban a las palabras y a la literatura sus mejores armas, tal como lo expusieron Guillermo Cabrera Infante en *Lunes de Revolución* (1959) y Julio Cortázar en *Crisis* (1973). Si bien los procesos emancipatorios se encuentran, mayoritariamente, en retroceso, parte de este espíritu puede ser retomado. Un sector de la puja política, hoy en día, sucede en el lenguaje. Las palabras y los conceptos vuelven a estar en cuestión. Pueden ser vistos como herramientas eficaces de confrontación. El objetivo está puesto en la significación.

Desde otro punto de vista, se puede retomar el paradigma del intelectual que propone Antonio Gramsci (2000). Las nociones de intelectual tradicional y orgánico son útiles para analizar el lugar tanto de los científicos e infectólogos como de los investigadores relacionados con los estudios sociales. En una sintonía similar a la elección que desarrolló luego Sartre, Gramsci no concebía poder vivir sin tomar partido (2017 [2011]: 19). Sin duda, no elegir también constituye una decisión y los tiempos de las definiciones apremian cada vez más. Los países latinoamericanos, en los últimos años, oscilan entre democracias endebles y conflictos sociales latentes. Las últimas protestas en Estados Unidos dan cuenta de que el proceso tiende a lo global y la pandemia aceleró y provocó nuevos focos de enfrentamiento. En definitiva, aquellos intelectuales funcionales a las clases populares deben empezar a vislumbrar su práctica y su teoría en las posibles salidas pospandémicas.

Por otro lado, la figura del intelectual de Gramsci nos permite considerar otro fenómeno tan protagonista de la pandemia como los infectólogos: los técnicos y economistas funcionales al sistema económico y a la clase que los formó. Estas personalidades son las principales promotoras de las manifestaciones anticuarentena que acaecieron en la Argentina. Su movimiento es heterogéneo, combinando desde posturas extremistas de derecha conservadora, hasta grupos ligados a cosmovisiones religiosas y progresistas liberales. Y, a diferencia de la intelectualidad mencionada anteriormente, su hábitat natural es Twitter, Youtube y otras redes sociales. En pocas palabras, incitan y se benefician con la cristalización de conceptos. Los medios digitales son el espacio ideal para presentar una verdad rígida sin medias tintas.

Construyen un solo sentido posible de la vida, la libertad, la economía y la sociedad. En definitiva, los sacerdotes del mundo digital.

Los sacerdotes de la libertad

Con la intención de nuclear un espacio de pensamiento disidente al gobierno de turno, diferentes representantes ligados al macrismo conjeturaron que la Argentina se encontraba en un proceso de “infectadura”. El objetivo era sencillo: lograr unir las políticas sanitarias por la pandemia con posturas dictatoriales. Se sumaba a una práctica regional, a estas alturas, tradicional, que consiste en identificar a los gobiernos como dictaduras, menos a los realmente *de facto*. Eduardo Galeano había notado este fenómeno en “Entre Venezuela y Nadalandia” (2004), donde la figura de Hugo Chávez estaba en cuestión, y sostenía que, en todo caso, se estaba en presencia de un extraño dictador.

En suma, el término infectadura venía a complementarse con actores sociales que decían hablar en nombre de la Libertad. En las marchas en contra del aislamiento, el llamado, en general, apuntaba a ser libres. El camino hasta acá fue de lo más variado y contradictorio. El discurso comenzó por señalar que no se estaban tomando las medidas adecuadas, que había más casos de los que se anunciaban. Luego mutó a la exageración de casos con la intención de atemorizar a la sociedad. Incluso, se soslayó la inexistencia del virus o de la pandemia (en un desconocimiento total del término). Pero, junto a estas ideas, también convivía la de la invención artificial del virus y su conexión con los propósitos de la red 5G, o las vacunas con chips. Esta articulación conspiradora y contradictoria evidencia los límites comunicativos del discurso científico. No obstante, su argumento final era el mismo: lo hacen para quitarnos la Libertad.

Perspícamente debe surgir la pregunta: ¿qué es la Libertad? Palabra de moda, a tal punto, que se formaron partidos políticos alrededor de esta idea. Pero no se encuentra en la base una definición. Porque también se podría preguntar: ¿en nombre de cuál de todas las libertades desarrolladas en la cultura occidental se habla? Sin duda, no está en consideración la del proletariado o la de las clases populares. En una rápida lectura se podría suponer que está en juego la libertad en términos individuales: la que termina donde empieza la del otro. Aún más: roza los límites del libertinaje. Podemos considerarla como uno de los ejemplos más representativos de la cristalización mediática de conceptos: es una libertad de la que no hay definiciones claras,

pero de la que tampoco hay discusiones. Es tal como consideran que debe ser. El dogma en primer plano. ¿Realmente una medida de aislamiento que pretende cuidar la salud de los ciudadanos lo mejor posible es quitar la libertad? Siendo beatificada, cualquier intervención es un ultraje.

Estas operaciones mediáticas deben ser sostenidas por aquellos sacerdotes, entendiéndolos como los que se aseguran de que no existan contaminaciones en los conceptos, los que cuidan la palabra sagrada. De hecho, se podría esbozar cierto canon de personajes mediáticos: Javier Milei, El preste, Iñaki Gutiérrez, entre otros. No solo defienden estos dogmas, sino que generalmente están asociados a movimientos religiosos conservadores. Y rascando el *marketing* discursivo, brotan las fórmulas fosilizadas.

De un tiempo a esta parte, al lado de la defensa de la libertad, se posicionaron las luchas contra el comunismo. Nuevamente, el procedimiento de significación radica en la absolutización: toda otredad es comunista o socialista o fascista comunista. Se encuentran lejos de posiciones como las de Alain Badiou que invita a discutir “a escala mundial” la idea comunista (2016: 78). En cambio, cristalizan en una idea y todo tiene tufo de izquierda. Incluso, los paladines del supuesto nuevo orden mundial son comunistas, a pesar de ser de los multimillonarios más importantes a nivel global. Quizás el motivo se encuentre en la explicación que ofrece Badiou: “El peso y la fuerza de la palabra ‘comunismo’ residen en designar de manera expresa y declarada la convicción de que es posible una organización radicalmente diferente” (2016: 43). Aterra pensar en otro orden social, en otros tipos de libertades. Del mismo modo, siguiendo al filósofo, se evidencia que estamos sumergidos en el reino de la opinión.

Parece un chiste de mal gusto, pero cientos de años de debates y escritos en la academia son olvidados. Masivamente, las discusiones sociales se rigen por fórmulas sólidas. En una rápida formulación, lo fluido se solidifica en Twitter. En tiempos caracterizados por la liquidez, lo efímero, lo indefinido, los discursos se sostienen en los dogmas contruidos. El espectáculo está instalado y todos los debates tienen un nivel tuitero. ¿Qué podemos hacer los intelectuales en el medio de esta balacera?

El intelectual testigo

En la novela *El testigo* de Juan Villoro (2004), el protagonista, Julio Valdivieso, es un intelectual que regresa a México luego de haber emigrado y vivido en Europa por muchos años. Su vuelta coincide con la primera derrota del

Partido Revolucionario Institucional, después de más de setenta años en el poder. Se encuentra con un país fraccionado por carteles narcotraficantes y con un fuerte auge de movimientos políticos cristianos. Como un testigo en primer plano, ve y no sabe cómo actuar frente a los eventos desafortunados que se desarrollan. Su intención es reencontrarse y profundizar sus conocimientos de Ramón López Velarde, pero la nueva realidad mexicana lo agobia.

En algún sentido, la figura del intelectual testigo es útil para repensar el rol de estos durante la pandemia hasta el momento. No se trata de desconocer las actividades solidarias como el trabajo en los barrios. También, se promovió la Comuna Argentina, como un espacio para reunir a cierta intelectualidad afín al gobierno de Fernández. Sin embargo, su acción social se vio limitada por el aislamiento. Y, como recordando las viejas jornadas académicas presenciales, las prácticas en gran medida se asociaron a telecomunicaciones *on line*. Del mismo modo, muchos se encontraron repensando sus roles como formadores en la necesidad de dar clases de manera virtual. ¿No es pertinente pensar también nuestra función social en este contexto?

Los intelectuales, en este tiempo, escribieron analizando, identificando y testimoniando los sucesos relacionados con la pandemia —y podríamos pensar que este texto también ingresa en esta lógica—. Son testigos de un hecho histórico sin precedentes inmediatos y testifican. ¿Pero, acaso, las reflexiones de Slavoj Žižek, por poner un ejemplo, formaron parte del debate en los medios masivos? Una vez más, la comunicación queda encerrada en un círculo de especialistas y la crisis se intensifica. En la novela de Villoro, el sacerdote Monteverde, que paradójicamente es el menos dogmático, afirma: “Sería muy aburrido tener fe en un mundo resuelto; el enigma de la creación es que no ha terminado, somos parte del borrador y tenemos que decidir” (2004: 273). La intelectualidad puede ser interpelada del mismo modo en estos tiempos. Es momento de comenzar a pensar el mundo pospandémico: somos el borrador y tenemos que decidir. Retomando a Gramsci, la indiferencia puede ser un problema mayor en el futuro.

En definitiva, el testigo tiene que pasar a la acción. Como lo planteaba David Viñas, un sartreano, en uno de los motivos recurrentes de sus novelas, la indiferencia del intelectual es determinante en el momento en el que desea actuar. Podemos verlo en el juez Vicente Vera en *Los dueños de la tierra* (1959) que, cuando se define y toma posición, la masacre de los obreros patagónicos ya había sido ejecutada. Si hay un rol para los intelectuales en

esta pandemia, es necesario determinarlo y asumirlo. A la vez, hay que tener en cuenta el día después.

Parte del enfoque debe estar puesto en la evolución de los grupos reaccionarios regionales. En respuesta, las lenguas deben estar en movimiento. Para ello se deben cambiar las dinámicas de los debates en los espacios de opinión. En la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, durante 2019, se produjo un hecho singular motivado por las diferencias prácticas y teóricas entre dos profesores de la casa: Martín Kohan y Eduardo Sartelli. Comenzó con publicaciones en Facebook que rápidamente ingresaron en la lógica de las redes sociales. La solución fue realizar un debate público en un aula de la facultad. Lograron un intercambio interesante y el tono pueril de las redes se esfumó. Sin embargo, una de las conclusiones que se forjó fue lo imposible que hubiera sido seguir el ida y vuelta por internet. Se expresó el deseo de que se pudiera llevar el debate con la altura necesaria a las redes sociales. La tarea está para realizarse.

Han pasado décadas de polémicas académicas en torno a nociones como la verdad, lo absoluto, la crítica, el poder, los sentidos y los significados. Cargamos con bibliotecas extensas sobre dichos temas. Quizás es necesario que se inunden las redes sociales, para que sea posible dar el debate realmente. Aunque constituya meter las manos en el barro o se considere que se retrocede en años de definiciones filosóficas, las posibilidades de las plataformas cibernéticas son infinitas. Demostraron ser eficaces para organizarse en la Primavera Árabe, así como las acciones de lucha en el ataque de jóvenes al acto de lanzamiento de campaña de Donald Trump. Los eventos actuales nos invitan a desacralizar los discursos, ignorarlos sería un error. Para ello, hay que pensar el lugar de los intelectuales en los espacios mediáticos donde se cristalizan los conceptos y se intensifica la crisis comunicativa. Definiendo los horizontes, poniendo la lengua en movimiento, podremos pensar en que la experiencia de la pandemia pueda traducirse en un futuro más humano que el pasado que nos condujo hasta acá.

Bibliografía

- AA.VV. (1959). Una posición. Haciendo lo que es necesario hacer. En *Lunes de Revolución*, Nº 3.
- Badiou, A. (2016). *La filosofía frente al comunismo: de Sartre a hoy*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Cortázar, J. (1971). Mi ametralladora es la literatura. En *Crisis*, vol. 1, Nº 2.
- Galeano, E. (2004). Entre Venezuela y la Nadalandia. En *Página12*, miércoles 18 de agosto. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-39807-2004-08-18.html>
- Gramsci, A. (2000). *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires, Nueva visión.

Dogmas, santos y pandemia: el rol de los intelectuales

- (2017 [2011]). *Odio a los indiferentes*. Barcelona, Planeta.
- Sartre, J.-P. (1948). *¿Qué es la literatura?* Buenos Aires, Losada.
- Villoro, J. (2004). *El testigo*. Barcelona, Anagrama.
- Viñas, D. (1959). *Los dueños de la tierra*. Buenos Aires, Losada.